



EL SECRETO
DE LENA

Clarisa Ligarde

El secreto de Lena

escrita por CLARISA LIGARDE



Título: *El secreto de Lena*

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, u otros métodos o soportes, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 t sges. Del Código Penal).

© Clarisa Ligarde, 2019

www.clarisaligardeescritora.es

© Fotografía de portada de Stockvault

© Diseño de portada, Clarisa Ligarde

ISBN: 978-84-16688-26-5

La llamada

Permisivos dedos, ocultos tras paredes intercaladas, introducen miel cristalizada en el camino que precede al habla. Esperan sabiamente el momento. Dócil acecho: esquina o frío pasillo, mota en el suelo. Mis papilas gustativas segregan dulzor líquido; pocos minutos después, una recóndita sudoración entre los pezones y bajo el ombligo. Recuerdo de la niñez recurrente y quebradizo... Aún hoy, muchos años después, mi corazón palpita espinoso. No evoco los cuentos de madre al borde de la cama, ni la estufa en invierno acogiendo los pies repletos de sabañones bajo las mantas. Aquel cuadradito caramelizado y amarillento envuelto en papel grisáceo... Una y otra vez... Desbrocé su sabor como la maleza es arrancada en lluviosa primavera. Una silueta masculina a la que no alcanzo a ver el rostro es el eterno fantasma de mis sueños; alto y fornido, esquivo, conocedor de los ángulos que proyectan las sombras en cuartos pequeños.

* * *

Despierto en una habitación de hotel, la luz intermitente a través de la persiana anuncia un día soleado; a la izquierda, aparador de ébano y manecillas en mármol esculpidas. El colchón de doble capa visco elástico, por fortuna, tuvo a bien ser aliado de mi sueño: logré echar una cabezadita después de días de insomnio. *Figuras chinescas...* El edredón floreado engulle mi cuerpo. La nuca busca la caricia de la almohada. Hundo el cuello con ganas. Oigo el agua de la ducha correr frenética, siento una gravedad plomiza en los pulmones de tanto concatenar cigarrillos. Me palpo aturdida las sienes; las ojeras, amoratadas, queman mordientes.

Andrei, mi último amante. Me mira azuladamente desde la puerta del baño. Ruso, metro ochenta, barbilla partida y mentón pronunciado. Frente taciturna y poblada de arrugas horizontales, ojos hundidos pero expresivos. Poco conozco de su pasado.

—¿Pudiste dormir algo?

—Más de lo que cabría esperar.

La ventana de la habitación ha sido abierta; entra el susurro del sol en forma de viento fresco. Es más de mediodía, inspiro el olor a abeto procedente de un bosque húmedo y sombrío,

no muy lejano. Noto la mandíbula inflamada. Bostezo dolorida. *Lengua pastosa y etílica...* Un amargo dulzor abre quemazón de arriba abajo, en mi cuerpo. La sensación merma los recuerdos. A pesar de contar con treinta y cuatro años, sigo siendo niña asustadiza. Me examino bajo las sábanas: estoy desnuda. Aún brillan los jugos del sexo abajo. Tengo la mano derecha vendada. Me sobreviene un dolor punzante en la palma. Sacudo la cabeza hacia atrás fuera de las mantas en una de mis poses altivas, sé que es del agrado de Andrei.

Andrei se acerca cubierto con una larga toalla atada a la cintura. Siempre que puede aprovecha la ocasión para mostrar sus bíceps y torso musculados, forman un curioso retablo de tatuajes de estilo gótico: en el centro del pecho, una puesta de sol con aves sobrevolando el horizonte bajo una estrella de tres puntas; más a la izquierda, un par de calaveras y varias insignias militares, coronadas por un monasterio ortodoxo de tres cúpulas con su correspondiente Virgen y; en el regazo, el Niño benefactor.

Suelo encontrar placer en hidratar los dibujos con aceite de aloe vera después de que Andrei tome una ducha; pero hoy no, hoy no tengo ganas de nada. Andrei me besa en el cuello, allí donde la nuez creció en vacío por eso de ser mujer.

Sigue siendo apasionado amante. Le conocí a la salida de una discoteca en pleno diciembre, hace tres años. Me miró el trasero con insistencia y exhaló profundamente humo de un cigarro. No hizo falta más, últimamente yo había caído en la cama de chicos mucho más jóvenes. Me acerqué a él, vi que era más mayor y le invité a una copa. Pensé <<No me pedirá mucho>>. Y así fue: amante suficientemente fogoso y comedidamente insano, solo adolece del vicio del tabaco y algún que otro trago de whiskey sin hielo, en vaso pequeño. Durante uno de nuestros primeros encuentros, aún sofocado por el clímax sensual, me confesó que había sido adicto a la heroína. “Mala vida”, pronunció con su acento afilado. Yo ya había intuido esa herida al chocar su cuerpo contra el mío. Nada era suficiente.

En el vacío desgastamos un deseo inhumano, un ansia que nos dominaba de una u otra forma. Entonces, entendí que seguiría junto a él por mucho tiempo. Para mi sorpresa me ha dado buena vida: generoso y adinerado, me colma de regalos, jefe de una empresa de seguridad en Madrid. Vivo ajena a sus chanchullos por callejuelas.

Andrei me coge de la barbilla y hace un gurrño de mis labios. Los besa.

—Levántate, anda, son más de las tres. —Me suelta haciendo que mi rostro se precipite sobre la almohada—. Luego lo pasas mal con los reproches. —Tira de las sábanas hasta hacer de mi piel un buzo granulado.

La sangre vuelve a erguirse cabeza abajo, mis pies fríos entran en contacto con el suelo de madera climatizado. Me duele la vejiga. *Vidrio dilatado...* Anoche bebí como si fuera el último día de mi vida. Me precipito al baño. La baza de porcelana rosácea se convierte en un pozo entre mis muslos. Derramo un orín denso, casi cristalizado... Entorno lo ojos, la luz que ilumina el espejo sobre el lavabo me deslumbra. El cristal empañado muestra un rostro lejano, no me pertenecen el mofletudo oval ni la rubia melena que enmarca las espesas cejas color castaño. Pestañeo para aumentar la nitidez en las pupilas y el aguamar que las rodea. Alzo la barbilla, orgullosa de mis carnales labios. Pero pronto tuerzo el gesto: en el maxilar izquierdo late punzante un rojizo moratón. Golpe a través de los recuerdos...

—¿Quieres un té? —pregunta Andrei desde la otra punta del dormitorio.

—Sí —musito.

Tras de mí intuyo la sombra del pequeño galán de pino oscurecido. Hace tres días sobre él preparé la chaqueta y el pantalón de mujer confeccionada a medida, calidad “Caschmere”, ciento ochenta, color azabache. Refresco mi nuca bajo el agua que sale del caño. El pecho torna en tosca piedra. Deseo gritar con todas mis fuerzas, sin embargo, ningún quejido sale de mi boca. Con el paso de los años la angustia ha llegado a ser crónica y silenciosa.

Plancha con la mano la solapa de la americana de fina lana negra. Un mes antes, las paredes de mi pequeño apartamento de soltera vibraron quejumbrosamente, el teléfono en el recibidor no dejaba de sonar de manera insistente.

Cien metros cuadrados de techos altos sin apenas muebles hacen que las habitaciones padezcan de eco, cualquier pequeño zumbido es multiplicado por mil entre el suelo y el techo. Recuerdo que me resistí a coger el auricular, todavía embriagada por la pesadez de la siesta. Arrebujé mi cuerpo bajo los cojines del sofá color melocotón, miré hacia la ventana. Era atardecer. Desde donde estaba podía ver la esquina de la pequeña piscina comunitaria a la que soy aficionada a zambullirme durante los sofocantes veranos asfálticos. <<Aún queda mucho>>, pensé. Entonces, el invierno se prolongaba sobre los días de primavera amenazando con ser

perpetuo, y yo perdía toda esperanza de disfrutar de los rayos del sol en la tumbona antes de que la urbanización fuera invadida por los turistas.

Hojas secas en el fondo del estanque, moscas por la helada nocturna muertas...

Malhumorada arrastré mi cuerpo hasta el estrecho mueble de la entrada, repleto de sobres sin abrir. Descolgué el teléfono.

—¿Lena?...—La voz sonaba rota y lejana—. ¿Estás ahí? — insistió.

Sentí un vuelco en el estómago, de inmediato me di cuenta de quién decía aquellas palabras. Hacía diecinueve años que no escuchaba aquella voz. Tenía algo de “grijo”. A mi padre siempre le caracterizó, era fumador de puros empedernido.

—Sé que me escuchas... ¿Por qué no contestas?

Me deslicé cual lagartija por la pared hasta mal sentarme en el suelo. Dejé caer el teléfono al suelo. No sé cuánto tiempo estuve así, un minuto... quizá dos. La pulsión de mis latidos sabía a sangre en mi lengua.

Siempre he presumido de poseer el sentido auditivo de un gato, en ese momento me lamenté de ello. El silencio en el piso era ensordecedor.

Mis tímpanos percibieron de manera precisa el sonido hueco y chillón de las dos últimas frases, salían a poco menos de un metro de mí del auricular: “Ven a verme... .. Me... me muero”.

Retomé el teléfono:

—¿Papá?... .., ¿sigues ahí?

Lena soy yo, el ojito derecho de mi padre.

Recuerdo los días siendo yo muy niña, con solo mirarnos nos entendíamos. Me cogía de la mano y paseábamos durante horas por el bosque que se extendía cerca de casa; recogíamos moras salvajes bien entrada la primavera y setas durante las primeras lluvias otoñales. Con él aprendí la raza de las avefrías, las codornices y avutardas; descubrí un ciervo junto a sus crías. Le atosigaba con preguntas sobre cada planta, cueva o especie animal que encontrábamos en el camino. Él era quien, cuando no podía dormir, me acercaba un tazón de leche bien caliente a la cama y me preguntaba: “Hija, rara te noto... ¿Por qué no duermes bien desde hace días?”,

¿cuáles son tus fantasmas siendo tan niña?”. Fue el único que intuyó mi secreto pesar, y yo le respondí a ello con lealtad. Por eso no le desprecié cuando fue víctima del alcoholismo años más tarde. Muchas veces me decía llorando, babeante: “¡No merezco tu cariño! El diablo del vino se ha hecho de mi sangre. ¿Qué puedo hacer?”. Ganadero de manos toscas y piel curtida, siempre fue hombre de buen parecer; pero enseguida su rostro se inflamó y enrojeció. *Enfermo etílico...* Perdió los caninos y el buen humor. Apenas paraba por casa, repartía su tiempo entre los pastos, la tasca del pueblo y los burdeles; cuando regresaba, las madrugadas se alargaban entre gritos de reproche y palizas a mi madre en la alcoba. A los hijos jamás nos puso la mano encima. Mi madre... mi madre nunca me perdonó que conservara afecto hacia él, pero yo era demasiado niña para tomar partido, egoístamente quería conservarle como padre; su cariño era el baluarte que atesoraba mis felices momentos por las praderías. Muchas noches, cuando despertaba empapada en sudor de mis pesadillas con aquel sabor a miel en mis labios, me tranquilizaba evocar la mano de él guiándome por los senderos misteriosos y empedrados, rodeados de niebla. Nada había de temer, él me guarecía.

* * *

Escuché cómo la línea de teléfono comunicaba durante media hora, mantuve la mirada perdida, quería vaciar mi

alma, llegar a la nada, hasta que de un impulso nervioso arranqué el cable de la toma de electricidad. Cada vertebra de mi cuerpo empezó a pesar como el acero, a duras penas pude arrastrarme hasta el sofá. La voz de mi padre -“El Suso” para los amigos- tantas veces añorada y de la que, voluntariamente, me había alejado cuando tenía quince años, había despertado el escalofrío recóndito. Aún hoy, días después, me persigue esa sensación. No moví ni un músculo cuando Andrei llamó más de una decena de veces al móvil al ver que no acudía a la cita de la diez en el pub Booth, tampoco cuando echó la puerta de entrada abajo creyendo -como me explicó después- que, por algunos de sus asuntos, yo había sido víctima de un ajuste de cuentas.

Al verme pálida, ojeriza y hundida entre cojines nada dijo, me cogió en brazos y me llevó al baño. El agua templada y las sales aromáticas me ayudaron a ser consciente, otra vez, de mi carne y de mi piel. Pestañeeé, cuando tuve la intención de hablar, Andrei me mandó callar; camino de la cama me desnudó y me hizo el amor. Se lo agradezco, esa noche las palabras hubieran abierto una brecha entre los dos; si hubiera llegado a mostrarle mis verdaderas inquietudes, él, difícilmente, hubiera podido cubrir las expectativas.

Los movimientos y pensamientos que he llevado a cabo después de esa llamada; mis actitudes, afectos y decisiones, han sido simulados.

* * *

Llevo días siendo consciente de todo e inconsciente de nada, sucumbí a la voz de la conciencia, respondí a lo que se esperaba de mí.



[COMPRAR LIBRO>>](#)